



Sociológica, año 15, número 43, pp. 278-282  
Mayo-agosto de 2000



*Un mundo desbocado. Los efectos  
de la globalización en nuestras vidas,*  
de Anthony Giddens\*

Juan Araujo González\*\*

La producción del conocimiento en el campo de las ciencias sociales y su incorporación como medio para “asegurar los resultados de la conducta intencional”, a diferencia de las ciencias exactas (la física), da como resultado lo “indeterminado”. Es decir, la aplicación del conocimiento racional en la construcción de la historia, por parte de los hombres que la forjan, produce consecuencias imprevistas; comprender éstas para evitar su “reproducción” implica que, entre más “seamos capaces de comprender racionalmente el mundo y a nosotros mismos, mejor podremos manejar la historia para nuestros propios propósitos”. Giddens ha construido su pensamiento teórico sobre esta idea, que Marx, de acuerdo con este autor, ya había expresado con sencillez al referirse a la necesidad de “entender la historia” para “hacer historia”.

La universalización del *pensamiento racional* a través de lo que en otro texto Giddens (1991) llama el “estiramiento de los sistemas sociales”, ha tenido un doble efecto. Por un lado, empobrece la acción individual, la aliena y la fragmenta, por el otro, le proporciona al individuo mayores posibilidades para hacerle frente a este efecto alienador. La expansión de los sistemas expertos (el conocimiento de los especialistas) proporciona al individuo más posibilidades para reaccionar contra las circunstancias sociales que le resultan opresivas. Las terapias psicoanalíticas y los libros de autoayuda (Giddens, 1995a) permitirán, en sociedades modernas, la “construcción de una democracia de las emociones en la vida diaria” (que implica la autonomía y la realización del yo). La democracia de las emociones

\* Giddens, Anthony, *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Taurus, Buenos Aires. 2000.

\*\* Ayudante de investigación del área de Análisis Sociológico de la Historia del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.



forma parte de una “cultura cívica”, que es supuesta por lo que Giddens llama una “política democrática”: la cuestión del paso de una “política de la emancipación” a una “política de la vida”, en donde esta última implica a la anterior.

Es en este contexto en el que Giddens plantea la tesis de que “la democracia está ligada a los cambios estructurales de la sociedad mundial”. Y en este proceso de expansión de la democracia resultan determinantes la tecnología y los medios de comunicación electrónica. Así, la familia, la tradición y la democracia, se encuentran estrechamente ligadas a los cambios estructurales de la sociedad mundial. Pero, ¿hasta dónde se podrá reconciliar la libertad individual, la “racionalización” y la diversidad cultural? ¿cómo subordinar la racionalización modernizadora a los valores de libertad e igualdad sin que ello implique un rechazo total a este proceso modernizador? ¿qué es lo que Giddens propone a este respecto? Sin duda alguna, nada nuevo aparece en el reciente libro de Anthony Giddens titulado: *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*; no obstante, por la forma en que aparecen condensados los temas de la globalización, la tradición, la familia y la democracia, vale la pena leerlo.

Los temas que desarrolla en este libro constituyen una serie de conferencias que el sociólogo inglés emitió por radio en la BBC de Londres en 1999. Todas las ideas que contiene han sido desarrolladas en trabajos anteriores (Giddens, 1993a, 1993b, 1995a y 1995b). La tesis básica del libro señala que “los cambios que nos afectan no se reducen a una zona concreta del globo, sino que se extienden prácticamente a todas partes”, lo cual implica, desde luego, muchos riesgos que “nos afectan independientemente de dónde vivamos y de lo privilegiados o marginados que seamos”. Dicho esto, reseño a continuación y en forma muy breve los capítulos que conforman este libro.

En el primer capítulo, Giddens habla sobre el significado de la *globalización*, que no debe entenderse en términos meramente económicos. Los “flujos económicos” en tanto “fuerzas motrices”, han sido modelados por “la tecnología, la difusión cultural y las decisiones de los gobiernos de liberalizar y desregular sus economías nacionales”. La globalización se ha visto influida sobre todo por la comunicación electrónica, que no es sólo una forma rápida e instantánea de transmitir noticias e información: “su existencia altera la textura misma de nuestras vidas, seamos ricos o pobres”.

La globalización es “sólo en parte occidentalización” pues cada vez más se aprecia la influencia de países no occidentales en “pautas de Occidente” y, en este sentido, debe entenderse de manera *dialéctica con lo local*. Frente a estas tendencias globalizadoras de las instituciones modernas, resurgen las *identidades culturales*, y el Estado-nación continúa teniendo un papel político importante en el mundo; sin embargo, aunque seguimos hablando de Estado-nación como tal (como si fuera igual que en el pasado), internamente se “está transformando ante nuestros ojos”; lo cual nos obliga a “repensar sus identidades ante las viejas formas de geopolítica ya obsoletas”.



Hemos *creado* un entorno que obedece a la racionalización surgida en Europa en los siglos XVII y XVIII. Hemos “creado una sociedad cosmopolita mundial”, y “somos la primera generación que la vive”. Por tanto, hemos de pensar en sus consecuencias para evitar que éstas se sigan reproduciendo. Dichas *consecuencias* constituyen lo que Giddens llama en el capítulo dos, *riesgo manufacturado*, que consiste en el “efecto del conocimiento creciente sobre el mundo”. El mundo capitalista moderno siembra sus bases sobre el “pensamiento racional” (el cálculo del beneficio, la pérdida y, por tanto, el riesgo); al hacerlo, torna la existencia humana más vulnerable. Es por ello que la idea de “riesgo” es inherente a la de “modernidad”. Como consecuencia del “desarrollo industrial mundial” debemos preocuparnos más por los efectos de este desarrollo industrial sobre la “naturaleza”. Sin embargo, ¿acaso deberíamos sumarnos a aquellos que rechazan el “pensamiento racional” por los riesgos ecológicos que implica? Giddens sostiene que no, y argumenta que la difusión de la ciencia y la tecnología a través de los medios de comunicación pública reducirían los efectos “más perniciosos” del desarrollo de la industrialización.

En un mundo moderno, las conductas y actitudes han de ser justificadas mediante argumentos racionales. En ese contexto, la “tradicición” requiere ser explicada y justificada según “usos o formas distintas de hacer las cosas”; el diálogo abierto hará posible el cambio de las tradiciones. Desde el punto de vista de este autor, las *tradiciones* y *costumbres* han sido inventadas y reinventadas, y su construcción consciente no es característica de la época moderna; sean deliberadamente creadas o no, llevan incorporadas el *poder*: “Reyes, emperadores, sacerdotes y otros las han inventado desde hace mucho tiempo en su beneficio y para legitimar su dominio”. Esto le permite sostener que ninguna sociedad tradicional ha sido “totalmente tradicional”; la tradición implica *persistencia*, *integridad* y *continuidad*, posee un carácter *activo e interpretativo* y, en este tenor, destaca, en tanto denota una “especie de verdad”, implica una “práctica” (tradicional), y por lo tanto, “ofrece un marco para la acción que permanece prácticamente incuestionable”. Así, la persistencia en el tiempo no es lo que permite definir la tradición, sino “el ritual y la repetición”.

La “tradicición”, al igual que el término “riesgo”, surge con la modernidad. La tradición es una creación de la sociedad moderna que, como tal, “trata activamente de romper con su pasado”. La expansión de la “civilización industrial moderna” ha producido la *ruptura* (con fundamentación) de las influencias de la tradición, tanto en el ámbito institucional, como en el de la vida cotidiana. La persistencia de la tradición en la Europa moderna ha terminado por sucumbir ante el impacto de las instituciones modernas, afectando así la vida cotidiana. Con ello se introducen “nuevas dinámicas en nuestras vidas”, que se resumen como “un tira y afloja entre autonomía de la acción y compulsividad, por un lado, y entre cosmopolitismo y fundamentalismo, por otro”. En este contexto, la “iden-



tividad personal tiene que ser creada y recreada más activamente que antes” (gracias a la popularización de “las terapias y asesoramiento de todo tipo”), coadyuvando en este sentido a la “emergencia de una sociedad global cosmopolita”.

El inevitable impacto de las instituciones modernas, que se *expande a escala mundial*, llega al “corazón mismo de nuestra vida emocional”. De acuerdo con Giddens, las transformaciones que afectan la esfera personal y emocional traspasan las barreras de cualquier país. En este sentido, Giddens expone en el cuarto capítulo de su libro que la familia tradicional deja de tener como base la “unidad económica y la reproducción sexual”; “familia y matrimonio cambian sus características básicas”. La pareja, “casada o no”, pasa al centro de la vida familiar, y el “amor, más la atracción sexual”, se convierten en la base de los lazos matrimoniales”. Cobra más importancia la “relación” entre “pareja” que se forja sobre “procesos de confianza activa”.

La pareja se convierte entonces en una “unidad basada en la comunicación emocional o intimidad”, y esta “comunicación emocional” constituye el “vínculo” y el “motivo principal de su continuación”, reemplazando en este sentido los viejos lazos que solían unir las “relaciones sexuales y amorosas, las relaciones padre-hijo y la amistad”. Una buena relación, en tanto ideal, Giddens la llama “relación pura”, cuya base central es la comunicación emocional, e implica “procesos de confianza” que denotan un “abrirse al otro”. “Mostrarse es la condición básica de la intimidad”. El diálogo abierto permite la construcción de la confianza y es también “una propiedad esencial de la democracia”. Así, al hablar de este tipo de relaciones (ideales), se está hablando, según este autor, de “la posible emergencia” de “una democracia de las emociones en la vida diaria”.

Finalmente, Giddens trata de mostrar cómo la difusión de la democracia se debe en parte a los avances de “las comunicaciones globales”. Hoy por hoy, “todo el mundo es demócrata”. La democracia como un “sistema que implica competencia efectiva entre partidos políticos que buscan puestos de poder”, es el “principio activo más poderoso del siglo XX”. De 1960 en adelante, la democracia ha tenido un avance significativo en todo el mundo. ¿La razón? Giddens argumenta que se debe a la “paradoja de la democracia”. Los avances de la tecnología y la comunicación electrónica son determinantes en el proceso generalizado de democratización. La aparición de la “economía electrónica mundial” hace imposible competir con los regímenes autoritarios por falta de “flexibilidad y dinamismo”; y el “monopolio de la información, en el que se basaba el sistema político, no tenía futuro en un espacio intrínsecamente abierto de comunicaciones mundiales”. Giddens concluye que la “revolución de las comunicaciones ha producido ciudadanos más activos y reflexivos que nunca”. Pero este mismo proceso, en países con democracias maduras, produce una “desilusión generalizada”: “En un mundo destradicionalizado los políticos no pueden acudir a las formas antiguas de pompa y circunstancia para justificar lo que hacen”.

Ante esta paradoja, Giddens propone “democratizar la democracia” en países que han conseguido una democracia madura para mantenerla activa e impedir que pierdan su posición privilegiada. Esto implica “una sociedad abierta” donde la información sea más visible y existan límites a la corrupción; implica también, “construir una democracia de las emociones” como parte “de una cultura cívica progresista”. De esta manera, Giddens logra ligar la “expansión de la democracia” con los “cambios estructurales de la sociedad mundial”; “la emergencia de una sociedad global de la información es una potente fuerza democratizadora”.

Dicho esto, me inclino a pensar que la propuesta de Giddens puede cuestionarse porque da por supuesto que la “construcción de una democracia de las emociones en la vida diaria”, implica un empleo “popular” de las terapias y asesoramientos de todo tipo. En los países occidentales, que Giddens define como modernos, esto puede, en un momento dado, sostenerse. Pero en la medida en que “los cambios estructurales afectan al mundo entero”, la cuestión se torna difícil, pues la “creación y recreación de la identidad personal” depende de este tipo de sistemas expertos, lo cual supone que no todos (en países no occidentales) tendrán acceso a este tipo de asesoramientos; por consiguiente, no será posible una “democracia de las emociones” y, por ende, se dificultará la “democracia política”. Giddens, sin embargo, es optimista a este respecto y prefiere pensar que la “expansión de la democracia” será factible en gran medida gracias a la “tecnología y los medios de comunicación electrónica” y, por supuesto, a las terapias psicoanalíticas y libros de autoayuda que permitirán la “creación y recreación de la identidad personal” (la “autonomía”). Es así como se puede aceptar la racionalización, sin que ello implique un rechazo a la “universalización de la racionalidad instrumental” característica del “mundo capitalista moderno”.

## Bibliografía

Giddens, Anthony

- 1991 *La constitución de la sociedad*, Amorrortu, Buenos Aires.
- 1993a *Consecuencias de la modernidad*, Alianza, Madrid.
- 1993b “La vida en una sociedad post-tradicional”, en *Revista de Occidente*, núm. 150.
- 1995a *Modernidad e identidad del yo*, Península, Barcelona.
- 1995b *La transformación de la intimidad*, Cátedra, Madrid.